

Francisco J. Rubia, *El pensamiento dualista. Ideologías, creencias y fanatismo*, Editorial Laetoli, Pamplona, 2019. 202 páginas. ISBN: 978-84-949717-3-0.

El camino hacia lo alto y el camino hacia lo bajo es uno  
y el mismo<sup>1</sup>.

El bien y el mal son uno<sup>2</sup>.

Quizá la historia del hombre se pueda resumir en un conjunto de notas sobre su propia supervivencia en medios siempre adversos y confusos. Esbozar algunas de esas notas puede ser motivado por la lectura del libro que vamos a presentar a continuación.

El siglo veinte poco a poco va quedando atrás. En nuestra recién inaugurada segunda década de siglo veintiuno la ciencia de la política se encuentra atascada en graves problemas que afectan directamente a la supervivencia de nuestro actual orden público. Algunos de estos enredos que tienen su origen en el siglo diecinueve los encontramos enquistados desde hace décadas. Quistes que lentamente se están convirtiendo en pequeños bultos cancerosos. Por ello, la eterna pregunta por nuestra supervivencia, transversal a todas las áreas del conocimiento, adquiere gran significado en aquellos *scholars* preocupados por la salud de nuestras instituciones públicas, así como de los ciudadanos que conformamos el tejido social.

Esta misma pregunta, aunque en un contexto muy diferente y en el ámbito de nuestra disciplina, llevó a Erich Fromm (1900-1980) a titular uno de sus libros: *¿Podrá sobrevivir el hombre?* Aunque este planteamiento se encontraba atravesado por la amenaza nuclear, momento cumbre de nuestra historia, pues el hombre por primera vez en su existencia había conseguido recrear el dedo omnipotente y destructor de Dios. Ese escenario que, en nuestro presente, no ha desaparecido, pero no se encuentra en el centro de las reflexiones, motiva a Fromm a dejarnos una paradoja que sí es apropiada para nuestro tiempo y nos permite introducir el libro de Francisco J. Rubia: “Técnica e intelectualmente estamos viviendo en la Edad atómica; emocionalmente vivimos todavía en la Edad de Piedra”<sup>3</sup>.

Es posible que el olvido de nuestra mortalidad, y también de nuestra natalidad como nos podría recordar Hannah Arendt (1906-1975)<sup>4</sup>, ahonde cada día más esta reflexión de Fromm y que, en cierta forma, permite introducir una dimensión de dualismo que aquí vamos a tratar, así como su arraigo y necesidad en la vida de los ciudadanos. No es extraño que *El pensamiento dualista. Ideologías, creencias, fanatismo* nos evoque la cuestión de la supervivencia de ese ser humano frágil y vulnerable. Si consideramos que su autor es catedrático emérito de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid.

La cita de Fromm muestra un rasgo desconcertante en el desarrollo de las ciencias y las sociedades modernas. ¿Cómo es posible haber alcanzado un desarrollo tecnológico tan elevado con múltiples aplicaciones a las comunicaciones, los medios de transporte, la medicina o la seguridad, que indudablemente han contribuido a la mejora de nuestras vidas en un periodo de tiempo tan breve, y que al mismo tiempo la vida pública continúe regida por estructuras e instrumentos completamente anticuados y obsoletos?

Recientemente estamos observando una carrera a *sprint* por parte de la medicina y la industria farmacológica por hacer frente a un virus desconocido que está afectando a la totalidad del globo. El esfuerzo no solo de investigadores médicos para salvar la vida de millones de personas, de protegerlas ante esta amenaza, sino también de empresas y particulares buscando la innovación técnica, adaptando sus negocios a nuevas formas de producción, a nuevos planteamientos profesionales, evitando la quiebra del sistema, supone un esfuerzo admirable que demuestra la capacidad del ser humano para adaptarse y crear.

En cambio, por otro lado, observamos impávidos los problemas que tiene este mismo ciudadano moderno para reconocer la complejidad de la vida pública, para encontrar nuevas formas de gobierno, así como la poca habilidad de las instituciones públicas para dar respuestas a las necesidades más urgentes. La incapacidad para

<sup>1</sup> Heráclito, *Fragmentos*, trad. del griego, prólogo y notas de José Antonio Míguez, Ediciones Orbis, Barcelona, 1983, frag. 60, p. 223.

<sup>2</sup> *Ibid.*, frag. 58, p. 222.

<sup>3</sup> Erich Fromm, *¿Podrá sobrevivir el hombre? Una investigación sobre los hechos y las ficciones de la política internacional*, Paidós, Barcelona, 2005, p. 46.

<sup>4</sup> Si el lector desea profundizar en el concepto de “natalidad” véase Hannah Arendt, *La condición humana*, trad. Ramón Gil Novales, Paidós, Barcelona, 2011.

reconocer y comprender que una idea y su opuesta, como, por ejemplo, el conservadurismo y el progresismo pueden coexistir al mismo tiempo son un ejemplo de este atraso y de la degradación democrática en la que estamos inmersos.

De esta situación no dejan de surgir preguntas: ¿por qué se acepta y se reconoce la complejidad de la técnica y se rechaza de forma descarada la hondura de la vida comunitaria, de ese ser humano desvalido que forma parte de la vida pública?

Todos los síntomas que observamos de degradación y anquilosamiento de la vida pública se pueden encontrar inferidos del binarismo o dualismo que opera en el cerebro y que constituye el tema de esta obra de Rubia. De ahí la utilidad de su trabajo para nuestra disciplina: nos permite comprender cómo esta posición del cerebro tiene una dimensión universal que condiciona y conforma los ordenamientos públicos.

El autor realiza su planteamiento desde un lenguaje sencillo, accesible y con una orientación transversal. Aunque parte de su campo de especialización en la medicina, el autor relaciona sus conocimientos con otras disciplinas, dando voz a autores procedentes de la antropología, la ciencia política o el psicoanálisis. La estructura del libro también resulta igualmente sencilla: comienza exponiendo en qué se fundamenta el pensamiento binario (pp. 11-55), en un primer capítulo, para continuar los tres siguientes tratando las tres manifestaciones o productos de ese dualismo como son las “ideologías” (pp. 57-97), las “creencias” (pp. 99-148) y el “fanatismo” (pp. 149-187). Tres productos, como el lector intuye, complementarios y que pueden manifestarse y apoyarse entre ellos. Aunque luego veremos que las ideologías podrían constituir un producto más moderno que se apoya indudablemente tanto en las creencias como en el fanatismo, conformándose como un objeto más complejo y destilado.

El profesor Rubia comienza explicando que el pensamiento binario es aquel “que analiza el mundo en términos antitéticos u opuestos: blanco/negro, luz/oscuridad, cuerpo/alma, cerebro/mente” (p. 11). Esta sencilla definición nos sitúa en que el dualismo se encuentra muy extendido en el *corpus teórico* de la filosofía. Es decir, lo podemos encontrar, por ejemplo, en el pensamiento de René Descartes (1596-1650), Platón (427 a. e. c.-347 a. e. c.), así como de los teólogos cristianos (pp. 11-12). El autor además categoriza e identifica diferentes tipos de dualismo (sustancial, teológico, moral, escatológico, absoluto y relativo, ontológico y antropológico) (pp. 11-12). El dualismo se encuentra en las bases del canon de la filosofía. Hecho que nos indica la relevancia y la complejidad de la cuestión.

Para ahondar en la naturaleza del dualismo, su punto de partida es el siguiente:

La hipótesis de la que parto es que el pensamiento binario o dualista es la primera fase del pensamiento racional humano. Previamente existió otra fase del pensamiento a la que podemos llamar *mágica* o *mítica*. Y posteriormente el pensamiento puede ser múltiple o complejo (p. 12).

Para sostener esta hipótesis, el autor observa que el pensamiento binario estaría en el origen de las llamadas sociedades primitivas. Aquí adquieren gran relevancia los estudios del antropólogo Claude Lévi-Strauss (1908-2009). También expone diferentes mitos de Oriente Medio, Asia, África o América en los que el dualismo se encuentra como eje vertebrador de esas culturas separadas geográficamente (pp. 48-55).

Por otro lado, y siguiendo con esta argumentación, se detiene en presentar cómo este mecanismo arcaico también se encuentra en los primeros estadios de desarrollo de un niño. Aquí, entre otros autores en los que se apoya, destaca Melanie Klein (1882-1960). Autora que considera el binarismo una postura paranoide propia de la niñez para evitar la complejidad y simplificar la realidad (p. 13). Esta doble relación que establece el autor entre el desarrollo psíquico del cerebro humano y las estructuras sociales de diferentes pueblos arcaicos nos puede aventurar a pensar en que dualismo o binarismo se trataría de un proceso natural de la evolución humana. Pero antes de llegar a esta conclusión el autor esclarece que:

El hecho de que responda a mecanismos mentales innatos no significa que todas las sociedades tengan que responder a esta forma de ver el mundo, ya que esto sería un mecanismo mental entre otros. Parece evidente que esa forma de ver el mundo no es la única de la que disponemos (p. 27).

Esta tendencia de la psique que como podemos ver comparten diferentes culturas ha podido estar motivada por las presiones del entorno (p. 47). Los múltiples riesgos que nos rodean exigen una simplificación de la realidad para poder sobrevivir. Y de esta forma se ha ido transmitiendo como herencia genética.

Este instinto de supervivencia primitivo, que en el fondo es una forma de ahorro de riesgos, supone un aspecto de gran transcendencia a la hora de pensar la relación del ciudadano con el grupo y la construcción de la comunidad. Esta búsqueda innata del cerebro por simplificar los procesos que tienen lugar en el entorno nos puede ayudar a responder algunas de las preguntas que se planteaban al comienzo de esta crítica, así como entender algunos rasgos de los movimientos ideológicos de la actualidad. Este comportamiento psíquico de los grupos posiblemente no está tan explorado como la influencia que sobre ellos tienen las variables económicas o la ausencia de derechos y oportunidades. Y nos podría revelar cómo algunos de estos movimientos modernos que nos encontramos cada día, cuyo grado de radicalismo aumenta, no se corresponde tanto a clases sociales

desfavorecidas, excluidas, sin acceso a oportunidades o bien sin acceso a estudios superiores sino a otros procesos más complejos que tienen lugar en el *self*.

Este libro se centra en advertirnos tanto la complejidad como la sencillez de estos productos que amenazan la convivencia democrática. De hecho, nos puede ayudar a comprender también la facilidad de reproducción y la permanencia de estos fenómenos cuando el profesor Rubia señala que existen dos grandes amenazas: (1) la confianza en la razón y (2) la subestimación de la fuerza del fanatismo (p. 187). A la cual deberíamos añadir también la subestimación de la fuerza de la ideología. En este sentido se puede decir, retomando la idea anteriormente expuesta, que la ideología sintetiza en un mismo proceso tanto las creencias como el fanatismo y reviste todo ello de una estructura “racional” y “lógica” de acción capaz de adaptarse a diferentes escenarios y coyunturas. Pues, como el autor bien explica, los movimientos de masas son intercambiables (p. 168). Este proceso “ideológico” puede quedar explicado cuando el autor dice lo siguiente:

El tipo consciencia de los ideólogos suele ser lo que llamo *consciencia limbgoica*, término este último que es una contracción entre límbica y egoica. *Límbica* porque el sistema límbico o cerebro emocional es la base de todas nuestras emociones, y *egoica* porque el pensamiento binario o dualista es característica del ego que se separa del mundo como si no formara parte de él. La consciencia *limbgoica* está a caballo entre las emociones y el pensamiento racional primitivo: el pensamiento dualista (pp. 66-67).

Si continuamos con la argumentación podríamos considerar que la ideología es un artefacto de transición que busca el paso de ese periodo mítico o mágico del que nos habla el autor a un pensamiento lógico racional. Es decir, de un estadio en el desarrollo de la mente en la que esta, apoyada en los recursos culturales, sociales y, en definitiva, de estímulos del entorno, ofrecería una respuesta que se manifestaría de esta manera.

Otro aspecto que me gustaría destacar de este libro es el siguiente. Aunque de forma acertada el autor huye del dualismo —esta posición se puede observar cuando expone que los estadios de evolución de los que se está hablando (místico y racional) no se encuentran de forma separada pues ambos se dan al mismo tiempo en el hombre moderno (p. 36)—, vemos también cierta confusión e incluso cierto dualismo expositivo en el uso de estos estadios. El uso de estas categorías de forma separada le impide exponer con claridad su argumentación. Además, también genera cierta estigmatización del periodo místico, que es fundamental en el desarrollo de la creatividad y de la superación de ese dualismo, como expone al final de la obra (pp. 189-192).

En este punto podría ser de ayuda recurrir a la relación entre retórica y dialéctica tan importante en la evolución del conocimiento y, por lo tanto, en los estadios expuestos anteriormente. A pesar de su importancia, el profesor Rubia no hace ninguna mención a ellas. En este caso, los trabajos de Ernesto Grassi (1902-1991) pueden ser de utilidad. Porque este dualismo se encuentra completamente enmarañado debido a la fobia dialéctica y su objetivo constante de borrar el sentido de la retórica. Cuando la retórica supone ahondar y trabajar en ese pensamiento lógico racional. Grassi lo explica de la siguiente forma:

Debido a su carácter “arcaico”, este discurso originario establece el marco para toda consideración racional, y por esta razón estamos obligados a decir que el discurso retórico “precede” a todo discurso racional, es decir, tiene un carácter “profético” (*pro-phainestai*) y no puede ser comprendido desde un punto de vista racional, deductivo. Esta es la tragedia del proceso racionalista<sup>5</sup>.

La relación entre retórica y dialéctica nos puede ayudar a estudiar las hondas raíces del dualismo del que habla el autor, que no se puede categorizar de forma dialéctica. La profundidad de la retórica la podemos ver cuando el autor explica cómo en la mentalidad primitiva los términos antitéticos conviven (p. 36), al igual que en los sueños, siendo estos rasgos propios del pensamiento complejo. Hay que agradecer a Rubia que intente dar entrada a la *letargia*, aunque sea únicamente para reconocer el valor del sueño.

En esta obra también se pone en evidencia cómo el *mundo interno*<sup>6</sup> resulta muy relevante en la construcción de la vida pública del ciudadano. El enfoque biológico del autor nos aporta una aproximación diferente a él. Nos permite comprender desde otro punto de vista la naturaleza del cerebro en su necesidad, por ejemplo, de generar creencias (p. 107) así como el efecto placebo que estas tienen (p. 108). Si la pregunta por la supervivencia se encuentra en el fondo de lo que nos evoca esta obra, ¿cómo debemos tratar las creencias en la construcción de una vida democrática y pacífica? De esta forma también se puede ver cómo la dopamina, un neurotransmisor cerebral asociado al placer, la felicidad o la satisfacción, juega un rol importante en el reforzamiento de las creencias o el fanatismo.

Finalmente, para ir concluyendo, el planteamiento de este libro viene a poner sobre la mesa dos cuestiones de urgencia para la ciencia política y la investigación académica: (1) en primer lugar, la necesidad de comprender la vida pública desde un punto de vista más profundo. En este caso el autor nos ofrece desde su

<sup>5</sup> Ernesto Grassi, “Retórica y filosofía”, en *Vico y el humanismo. Ensayos sobre Vico, Heidegger y la retórica*, trad. Jorge Navarro Pérez, Anthropos, Rubí (Barcelona), 1999, p. 76.

<sup>6</sup> Véase Javier Roiz, *El mundo interno y la política*, Plaza y Valdés, Madrid, 2013.

trayectoria académica en el campo de la fisiología del sistema nervioso una perspectiva a tener en cuenta, en la que destaca el valor de los procesos biológicos y neuronales en la constitución del ciudadano y de su vida pública. En ella observamos cómo la supervivencia biológica ocupa el centro de la reflexión. Este aspecto nos obliga a considerar que, aunque la vida democrática nos aporte grandes virtudes cívicas que nos ayudan a prosperar y vivir en paz, soslayar determinados aspectos de nuestra constitución biológica puede contribuir precisamente a que ciertos dogmas y sesgos que amenazan nuestra convivencia se consoliden y permanezcan. (2) En segundo lugar, para poder profundizar en la comprensión de la vida pública, es necesario diluir las rigideces de la estructura académica. Una mayor colaboración y porosidad entre las diferentes áreas de la ciencia resulta una obligación para todo investigador. El problema sobre el gobierno y los desgobiernos de los ciudadanos, así como la técnica y la organización administrativa, son un asunto prioritario para cualquier sociedad. La ciencia de la política, en nuestro caso la teoría política, se tiene que beneficiar de los avances en la psiquiatría, la neurociencia o la física, y viceversa. Y no seguir enrocada en discursos y planteamientos que están demostrados como falsos o meras fantasías. De esta colaboración y apertura dependerá la posibilidad de apostar por un pensamiento creativo que supere el dualismo todavía hoy imperante que, como se ha visto, se encuentra muy arraigado en nuestra supervivencia y, al mismo tiempo, puede significar una amenaza para nuestra convivencia.

Gonzalo Laborda  
[glabordam@gmail.com](mailto:glabordam@gmail.com)